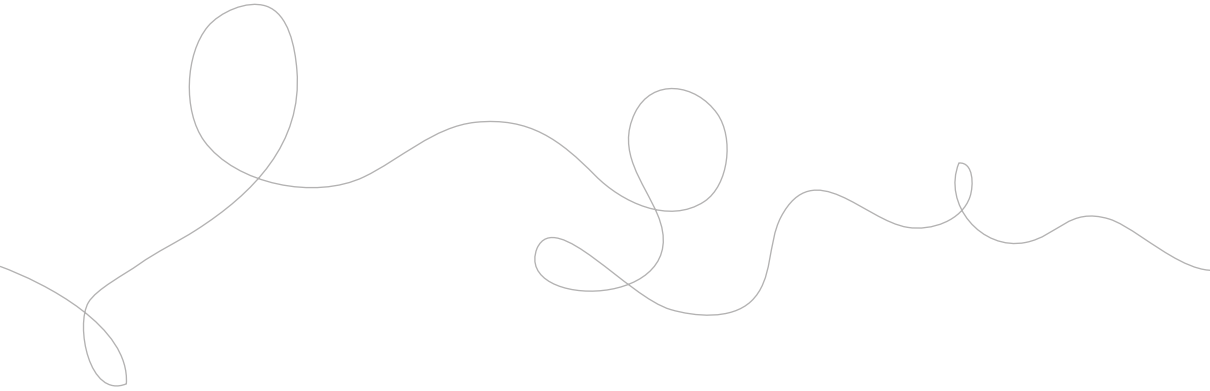






5.

Hefesto: el verdugo de los dioses

El universo ya estaba condenado mucho antes de que Hefesto diera su primer paso en la oscuridad. Sus movimientos eran lentos, sus pasos, aletargados pero constantes, deslizándose sobre la tierra como si apenas rozaran la superficie. Seguía un rastro incierto que lo llamaba y lo atraía hacia un destino desconocido, acompañado de pensamientos tan caóticos como un enjambre sin abeja reina: ideas que zumbaban en todas las direcciones, con preguntas sin respuesta.

De pronto, en medio de su andar, se topó con una hoguera que iluminaba un campamento. El color del sol se hizo presente: chispas blancas, naranjas y amarillas volaban de forma irregular, como destellos de alegría que se pierden en la memoria. En su mente, todo transcurría en un tiempo distinto. A veces observaba las chispas con tal lentitud que parecían suspendidas por horas en el aire; otras, las veía retroceder o saltar hacia el cielo como un parpadeo. El aroma a carne chamuscada y frijoles cocidos le endulzó el paladar, despertando un anhelo latente que llevaba consigo desde antes de haber perdido la memoria.

Sus ojos, desacostumbrados a la penumbra, recorrieron con rapidez el entorno en busca de indicios de peligro, pero solo identificaron cuerpos inmóviles, quizá por embriaguez o cansancio tras una larga travesía. Estaban repartidos por todo el lugar: algunos en tiendas improvisadas, otros en sacos de dormir bajo el firmamento, cerca del fuego para recibir su calor. Se sentó en posición de flor de loto frente a la hoguera

y tomó la comida con ambas manos, sin utensilio alguno. Aún caliente, no pareció afectarle el tacto. Olfateó como un cachorro desconfiado y devoró cada bocado con codicia, como una bestia salvaje que no solo alimenta su cuerpo, sino su alma errante que también clamaba saciedad. Instintivamente, buscó más, pero al no encontrarlo, dejó que su imaginación llenara el vacío, recreando un escenario en el que casi podía saborear a los humanos dormidos junto al fuego.

Satisfecho, pero aún inquieto, retomó su camino. Un sendero interminable lo alejaba de lo conocido y lo adentraba en el vasto abismo de su propia y profunda existencia.

—¿Por qué no logro sentir empatía por los humanos? -se preguntó-. Sus emociones son un inmenso vacío de incompreensión para mí. Me esfuerzo por entenderlos, comprendo las razones detrás de su llanto, su ira y su risa, pero no puedo hacerlas mías. A veces puedo emularlas, incluso creo que bastante bien si me lo propongo, pero en el fondo son simples imitaciones de una realidad sentimental que no existe en mí. ¿será entonces todo esto una gran mentira?

Otra voz emergió en su mente:

—La mentira no siempre es lo que parece. A veces no busca engañar, sino evitar el dolor. Pero como todo esto se hace una enorme maraña de oscuridades, luego no se puede parar tanta mentira. ¿Quién no ha mentido alguna vez sin sentir culpa por hacerlo? Recuerda que la verdad siempre sale a la luz y quien miente se vuelve tan vulnerable que termina perdiéndose en su propia ilusión, confundiendo lo real con lo imaginario.

—¿Podré llegar a sentir algo? ¿Por mí, por alguien más? —sumó a su reflexión.

—Esa es una pregunta sin respuesta. El futuro no está trazado como quien lanza una madeja hacia adelante esperando ver su recorrido. Aunque, si crees en el destino, quizás valga la pena preguntar: ¿qué nos depara? —respondió una tercera voz.

—¿Y quién dijo que yo creo en el destino? ¿Dónde queda el libre albedrío si todo ya está escrito? Además, ¿qué sentido tiene todo esto, si sé que morirás pronto? Tu muerte no estaba en mis planes, por eso no mencioné

tu supuesto destino. Aunque... tal vez haya una forma de intentar burlar a la muerte o, en el peor de los casos, negociar con ella —agregó.

—Hablas de mi muerte como si no implicara la tuya... —rio una voz burlona.

—¡Jum! —respondió una cuarta voz con incredulidad.

Sus pensamientos giraban en torno a una identidad desdibujada, diluida al igual que su memoria: un abismo de incertidumbre.

—¿Quién soy? —se preguntó.

—No somos humanos; ni hadas, ni espíritu, ni demonio. Somos un ser incompleto, tal vez una variante de la naturaleza, algo que no encaja en los constructos categóricos creados por los humanos para comprender el universo y no perderse en su propio miedo a lo desconocido. Somos aquello a lo que algunos rezan, pero también aquello a lo que otros temen con pavor.

—¿Puedes confiar en mí?

—Depende de cuán altas y estrictas sean tus expectativas.

—¿Y ahora?, ¿qué sigue?

—Paciencia... —puntualizó.

Mientras caminaba en la oscuridad, tropezó con una piedra y cayó montaña abajo, precipitándose al abismo. Rodó por varias horas, hasta que una roca detuvo su caída. Allí, perdió el conocimiento durante varias vidas.

—¿Sabías que antes todos dominaban las artes místicas? El universo vivía en armonía y caos, fluctuando constantemente. Pero, ahora todo es diferente, y es momento de agitar un poco más las cosas. Es tiempo de avivar nuevamente el fuego, la era del hombre está llegando a su fin y tú serás quien lidere tan magnífico suceso. ¡Elige sabiamente a tus discípulos! —habló una quinta voz.

—¿Por qué yo?

—Estás algo viejo y oxidado, lo admito. Pero, en el origen fuiste quien mejor comprendía y dominaba las artes místicas. Además, fuiste un gran

líder en la Guerra de los Eternos, el universo aún te recuerda con orgullo. Te perdiste en la oscuridad y rechazaste toda bondad en ti, eso es todo. Un ser divino que cayó en desgracia... ¡pero es hora de despertar! El mundo que conocías ya no existe, pero ahora es al que perteneces. Igualmente dormiste demasiado tiempo, y tu cuerpo original se deterioró hasta volverse inútil. Por eso me vi obligada a remplazarlo por otro que te ayudará a cumplir con tu propósito de mejor forma. Más adelante me lo agradecerás... Tal vez así logres conectar nuevamente con tus emociones. Las vas a necesitar para el camino que has de recorrer. —respondió la voz.

—¡Despierta! ¡Ya es momento!

Intentó moverse, pero estaba atrapado, era incapaz de abrir sus ojos o de mover aunque fuera un solo dedo. Le tomó días moverse un poco, e incluso semanas poder salir de su profundo entierro. Décadas de polvo, tierra, raíces, maleza e infinidad de plantas e insectos de todo tipo habían anidado alrededor suyo. Todo un ecosistema creció sobre él mientras estuvo dormido, pero con paciencia, voluntad y disciplina, finalmente logró renacer de las entrañas de la tierra como un ser totalmente nuevo. Varias vidas bastaron para una transformación del espíritu. Reanudó su camino, dejando tras de sí, despojos de un ser oscuro que se desvanecía a cada paso. El universo respondió a su presencia: el viento susurraba hechizos, las estrellas vibraban de emoción, la tierra suspiraba con su nuevo corazón.

Así fue como el caminante del abismo, con su esencia incompleta pero su propósito renovado, salió de la oscuridad con fiereza, dispuesto a desafiar la realidad y despertar las artes místicas. Una proeza que el universo nunca olvidaría. Una que en el futuro lo recordaría como Hefesto... El Verdugo de los Dioses.



Haz que esta historia hable.
Escanea el código y escúchala
cobrar vida.



Escanea este código.
Cierra tus ojos y deja que la música
de esta historia,
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.

